

ANTONIO M^a CLARET

APÓSTOL Y MISIONERO

INFANCIA

Antonio Claret nacía en Sallent (Barcelona) el 23 de Diciembre de 1807. Era el quinto de once hijos. La escasa salud de su madre hizo que le pusieran al cuidado de una niñera. Una noche en la que Antonio se quedó en casa de sus padres, la casa de su niñera se hundió y murieron todos. Aquello hizo pensar mucho a Claret.

Su niñez fue acompañada del traqueteo de los telares de madera que su padre tenía en los bajos de la casa. Ya desde los primeros años, Antonio dio muestras de una inteligencia viva y buen corazón.

Muchas noches se quedaba sentado en la cama, pensando en lo que significaban aquellas palabras de Jesús: «perder la vida para siempre». Y repetía: «siempre, siempre, siempre». De mayor, escribía que esta idea es la que más le había hecho trabajar y la que más le impulsaba para tratar de llegar a los hombres y ayudarles a que su vida no se pierda inútilmente para siempre (Aut 9)

Mientras la Guerra de la Independencia, Antonio jugaba, estudiaba y crecía. Ya destacaban en él dos amores: La Eucaristía y la Virgen. Solía acudir a misa, y pasar largos ratos de oración ante el Sagrario; iba con frecuencia, acompañado de su hermana Rosa, a la ermita de Fusimaña. Le gustó siempre mucho leer buenos libros. Y desde muy pequeño tuvo una ilusión: Llegar a ser sacerdote al estilo de los apóstoles.

ADOLESCENCIA Y JUVENTUD

Toda su adolescencia la pasó Antonio en el taller de su padre y se convirtió en un gran maestro del arte textil. Se matriculó en la Escuela de Artes y Oficios de Barcelona. De día trabajaba y de noche estudiaba. Aunque seguía siendo un buen cristiano, su corazón estaba centrado en su trabajo. Un grupo de empresarios le propuso fundar una compañía, poniendo ellos los fondos necesarios y el montaje de la fábrica. Pero Antonio, sorprendentemente, lo rechazó.

Y es que, el haberse tropezado con un compañero que le dejó sin un duro y que acabó en la cárcel, las insinuaciones de la mujer de otro de sus amigos, y el salir ileso del mar donde había sido arrastrado por una gigantesca ola, le hicieron más reflexivo y sensible a la voz de Dios. Aquellas palabras del Evangelio: «De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su vida» le impresionaban profundamente. Los telares se pararon en seco y a los 21 años se marchó decidido a ser sacerdote.

Después de muchos tumbos y tentaciones, tratando de averiguar cuál era su verdadera vocación, a los 27 años era ordenado como Sacerdote y destinado a Sallent, su ciudad natal.

SACERDOTE Y MISIONERO

A la muerte del rey Fernando VII, la situación política española se agravó. Las Cortes aprobaron la supresión de todas las Congregaciones Religiosas, se incautaron y subastaron los bienes de la Iglesia, y se azuzó al pueblo para la quema de conventos y la matanza de frailes. No tardó en estallar la guerra civil. Claret, sin embargo, seguía con sus tareas sacerdotales. Pero su parroquia se le quedaba pequeña para la gran inquietud que sentía en su corazón. Así que decidió ir a Roma y ofrecerse para ir como Misionero a tierras lejanas.

Casi sin equipaje y sin dinero, a pie, se puso en camino hacia la Ciudad Eterna. Allí hizo unos ejercicios espirituales. Pero una enfermedad le hizo regresar a España, donde le destinaron a un pueblecito de leñadores en Gerona, donde reemprendió su tarea y tuvo que hacer incluso de médico, porque no lo había en bastantes kilómetros a la redonda.

A los 33 años le concedieron en Roma el título de Misionero Apostólico. A partir de ese momento su trabajo fue misionar. Iba siempre a pie, con un mapa, su escaso equipaje y su libro de oraciones, en medio de tormentas, por barrancos y barrizales y hablando de Cristo a todos los que encontraba por el camino. Las catedrales e iglesias que visitaba se abarrotaban de gente que quería escuchar al P. Claret.

A veces se le veía sudar en abundancia, y cuando le invitaban a descansar, respondía: «Yo soy como los perros, que sacan la lengua, pero nunca se cansan». Destacaba por la facilidad con que las personas le abrían su conciencia, buscando ser escuchadas, comprendidas e iluminadas. Empezó a tener enemigos que procuraban impedir su labor misionera y le calumniaban. Pero tenía un temple de acero, todo lo soportaba y salía airoso de todas las trampas que le tendían.

ASÍ ORABA:

Padre:

Haz que te conozca y te haga conocer,
que te ame y te haga amar;
que te sirva y te haga servir;
que te alabe y te haga alabar por todas las criaturas.

Padre:

Ayúdame para que todos los pecadores se conviertan,
para que todos los justos perseveren en tu amor
y todos consigamos la eterna felicidad. Amén.

ANTONIO M^A CLARET APÓSTOL Y MISIONERO, 2

TAREA MISIONERA Y APOSTÓLICA

Además de la predicación, Claret se dedicaba a dar ejercicios espirituales a los sacerdotes y a las religiosas. Publicó numerosos libros y folletos, de entre los que destaca «El Camino Recto», el libro religioso más leído del siglo XIX. Fundó una Librería Religiosa y numerosas asociaciones de sacerdotes y laicos, hombres y mujeres.

Las circunstancias políticas de Cataluña hicieron muy difícil su tarea, así que se embarcó hacia Canarias, que recorrió de un extremo a otro, predicando en las plazas, en tablaos, en campo abierto... Siempre rodeado de grandes multitudes, y a pesar de una pulmonía, no redujo su intenso ritmo de trabajo. Tras 15 meses, los canarios le vieron partir con lágrimas en los ojos. Lo llamaban «nuestro padrino», y dejó allí muchos recuerdos y añoranzas.

FUNDACIÓN DE LA CONGREGACIÓN

Poco después, el 16 de julio de 1849, en una habitación del seminario de Vic, fundaba la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María. Tenía 41 años. Con él estaban los PP: José Xifré (que da nombre a una de las calles que rodean este Colegio), Esteban Sala, Manuel Vilaró, Domingo Fábregas y Jaime Clotet. Dijo en aquella ocasión: «Hoy comienza una grande obra». No era un charlatán ni un autosuficiente seguro de su éxito: Se sentía impulsado y sostenido por Dios, que le había hecho saber que su Congregación se extendería por todo el mundo y duraría hasta el final de los tiempos.

ARZOBISPO DE CUBA

Pero recién fundado su Instituto era nombrado Arzobispo de Cuba, y después de intentar renunciar por todos los medios, tuvo que aceptar. Tenía 42 años. Antes de partir realizó tres visitas: A la Virgen del Pilar en Zaragoza, a la Virgen de Montserrat, en Barcelona y a la Virgen de Fusimaña en su Patria chica. Antes de partir, aún tuvo tiempo para una nueva Fundación: La que hoy se llama «Filiación Cordimariana», de mujeres consagradas, pero que no viven en comunidad, con el fin de que puedan llegar y estar presentes en los lugares a donde es difícil que lleguen las Religiosas.

Despedido multitudinariamente en el puerto de Barcelona, aprovechó el viaje a la Habana para dar una misión a bordo a todo el pasaje, tripulación y oficiales incluidos. Ya en Santiago de Cuba trabajará, gastaría 6 años de trabajo incansable, anunciando el Evangelio, sembrando el amor y la justicia en aquella isla en la que la discriminación racial y la injusticia social reinaban por doquier.

Se enfrentó a los capataces, les arrancó el látigo de las manos. Reprendió muy duramente a un rico propietario que maltrataba a los pobres negros que trabajaban en su hacienda. Viendo que aquel hombre bno estaba dispuesto a cambiar de actitud, el Arzobispo tomó dos trozos de papel, uno blanco y otro negro, les prendió fuego y pulverizó las cenizas entre sus manos. «Señor -le dijo- ¿podría decir qué diferencia hay entre las cenizas de estos dos papeles? Pues así de iguales somos los hombres ante Dios».

Tenía una inventiva poco común. En la ciudad de Holguín (Cuba), con motivo de las fiestas populares, se iba a lanzar un globo aerostático; era de los primeros en aquellos tiempos. No tuvo éxito: comenzó a elevarse, pero terminó en un pequeño barranco. El Arzobispo lo estudió y sorprendió a todos con un diseño que solucionaba el problema. Fue todo un éxito.

Era un hombre práctico: Fundó instituciones sociales y religiosas para niños y adultos; creó escuelas técnicas y agrícolas, estableció y propagó por toda Cuba las Cajas de Ahorros, fundó asilos, visitó cuatro veces todas las ciudades, pueblos y ranchos de su inmensa diócesis. Siempre a pie o a caballo.

Allí fundó, junto con la Madre Antonia París, las Religiosas de María Inmaculada, Misioneras Claretianas, el 27 de agosto de 1855.

Tampoco en Cuba le dejaron en paz sus enemigos y en la ciudad de Holguín fue herido gravemente por un matón a sueldo. Aún en ese estado lamentable tuvo fuerzas para pedir que perdonaran al criminal.

Al cabo de seis años la Reina Isabel II le ordenó ir a Madrid para que estuviera a su lado.

CONFESOR DE LA REINA

Aceptó muy contrariado, pero puso tres condiciones: No vivir en palacio, que no le implicara en asuntos políticos y tener libertad para seguir realizando su apostolado. Durante los 11 años que permaneció en Madrid, pocas fueron las iglesias y conventos donde no se hiciera presente. Aprovechaba también para predicar los viajes de la Reina por toda la Península: La Mancha, Alicante, Albacete, Valencia, León, la cuenca minera asturiana, Oviedo, Galicia, Baleares, Cataluña, Aragón, Andalucía, Murcia, País Vasco, toda Castilla la Vieja y Extremadura.

La Reina le encargó que restaurase el Monasterio de El Escorial, que se encontraba semirruinoso. Así lo hizo, y lo convirtió en una Universidad Eclesiástica, haciéndole recuperar todo su esplendor.

AL no estar de acuerdo con una de las decisiones de la Reina, y después de orar ante el Cristo de la iglesia de la Granja, decidió retirarse de la Corte. Unido a toda una tormenta de calumnias y de ataques contra él, a lo que se añadió el destronamiento de Isabel II. Acudió a Roma, al Concilio Vaticano I, y, ya muy enfermo como consecuencia del atentado que sufrió en Cuba, se quedó en Francia, en el monasterio cisterciense de Fontfroide donde terminó sus días en la tierra un 24 de Octubre de 1870, con 62 años.

P Vicente Sanz, en *Huellas de Claret* 1997

ASÍ ORABA

Señor, tú eres mi amor, mi orgullo,
mi esperanza y mi refugio.
Tú eres mi Padre: Ayúdame a no buscar otra cosa
más que a Ti, ni saber nada que no sea tu voluntad
para cumplirla.
Tú eres para mí suficientísimo.
Haz que te ame como Tú me mas
y como quieres que yo te ame. Amén

San Antonio M^a Claret fue un alma grande,
nacida como para ensamblar contrastes:
pudo ser de origen humilde, pero glorioso a los ojos del mundo.
Pequeño de cuerpo, pero de espíritu gigante.
De apariencia modesta pero capacísimo de imponer respeto
incluso a los grandes de la tierra.
Fuerte de carácter pero con la suave dulzura
de quien conoce la austeridad y la penitencia.
Siempre en la presencia de Dios,
aun en medio de su prodigiosa actividad exterior.
Calumniado y admirado, festejado y perseguido.
Y entre tantas maravillas, como una luz suave
que todo lo ilumina, su devoción a la Madre de Dios.

(Pío XII en su canonización), el 7 de mayo de 1950)